La HISTORIA ECONOMICA MUNDIAL dirigida por Charles Wilson, de la Universidad de Cambridge, está planeada como un trabajo de equipo, aun cuando cada autor se ha responsabilizado del período en que se le reconoce como especialista. Constituye un esfuerzo continuado de síntesis e interpretación de las investigaciones de los expertos en historia socioeconómica. Los volúmenes de esta serie están destinados tanto a los estudiosos y eruditos con formación especializada en historia económica como a los lectores que deseen saber cómo, dónde y por qué la historia económica afecta a otras clases de historia.

Georges Duby, familiarizado con la investigación de los aspectos históricos de la Edad Media, ofrece en este volumen una síntesis de los datos conocidos sobre las condiciones ecológicas, demográficas y tecnológicas, así como de las estructuras de la sociedad y los factores del desarrollo económico apreciable en la Europa medieval.
La síntesis elaborada por Duby está presentada no como un compendio, sino como un ensayo jalonado por sugerentes reflexiones, centradas en la larga evolución vivida por el área europea. Las hipótesis que aventura, derivadas de las lagunas apreciables en la documentación disponible y de la deficiente marcha de las investigaciones históricas, están marcadas por interrogantes y observaciones, tan críticas algunas de ellas que fructificarán sin duda en fecundas incitaciones a la profundización en los temas.

968-23-1988-9

9 789682 319884

15a. edición

GUERREROS Y CAMPESINOS GEORGES DUBY

GEORGES DUBY

GUERREROS Y CAMPESINOS

DESARROLLO INICIAL DE LA ECONOMÍA EUROPEA (500-1200)

siglo veintiuno editores

Historia económica mundial

Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea 500-1200

Traducción de
JOSE LUIS MARTIN

GUERREROS Y CAMPESINOS
Desarrollo inicial de la economía europea 500-1200

por

GEORGES DUBY

PRIMERA PARTE

LAS BASES

SIGLOS VII Y VIII

A fines del siglo VI, cuando se halla prácticamente cerrado en Occidente, con el asentamiento de los lombardos en Italia y de los vascos en Aquitania, el período de las grandes migraciones de pueblos, la Europa de que trata este libro —es decir, el espacio en el que el cristianismo de rito latino se extendería progresivamente hacia fines del siglo XII—, es un país profundamente salvaje, y por ello se halla en buena parte fuera del campo de estudio de la historia. La escritura se halla en regresión en las zonas que tradicionalmente la usaban y en las demás la penetración del escrito es lenta. Los textos conservados son, pues, escasos; los documentos más explícitos son los de la protohistoria, los que proporciona la investigación arqueológica. Pero estos documentos también son defectuosos: los vestigios de la civilización material son, en la mayor parte de los casos, de datación insegura; se hallan además dispersos, al azar de los descubrimientos, y su repartición esporádica, con grandes lagunas, hace difícil y peligrosa toda interpretación de conjunto. Insistamos, como punto de partida, sobre los reducidos límites del conocimiento histórico, sobre el campo desmesuradamente amplio dejado a las conjeturas. Añadamos que, sin duda, el historiador de la economía se encuentra especialmente desamparado. Le faltan casi por completo las cifras, los datos cuantitativos que permitirían contar, medir. Necesita, sobre todo, abstenerse de ampliar abusivamente los modelos construidos por la economía moderna cuando intente observar en este mundo primitivo los movimientos de crecimiento que lentamente, entre los siglos VII y XII, han hecho salir a Europa de la barbarie. Es evidente, en la actualidad, que los pioneros de la historia económica medieval han sobreestimado, a menudo involuntariamente, la

importancia del comercio y de la moneda. La labor más necesaria —y sin duda también la más difícil— consiste, pues, en definir las bases y los motores auténticos de la economía en esta civilización, y para llegar a esta definición las reflexiones de los economistas contemporáneos son menos útiles que las de los etnólogos.

Sin embargo, de hecho existen grados en el seno de esta común depresión cultural. En sus límites meridionales la cristiandad latina está en contacto con áreas sensiblemente más desarrolladas; en las regiones dominadas por Bizancio, y más tarde por el Islam, se mantiene el sistema económico heredado de la antigua Roma: ciudades que explotan los campos colindantes, moneda de uso cotidiano, mercaderes, talleres en los que, para los ricos, se fabrican objetos espléndidos. Europa nunca estuvo separada de estas zonas de prosperidad por barreras infranqueables; sufrió constantemente su influencia y su fascinación. Por otra parte, en el espacio europeo se enfrentan de hecho dos tipos de incultura: una se identifica con el dominio germano-eslavo, con el dominio «bárbaro», como decían los romanos; es la zona de la inmadurez, de la juventud, del acceso progresivo a formas superiores de civilización; es una zona de crecimiento continuo. La otra, por el contrario, es el dominio de la decrepitud; en ella acaban de degradarse las supervivencias de la civilización romana, los diversos elementos de una organización en otro tiempo compleja y floreciente: la moneda, las calzadas, la centuriación, el gran dominio rural, la ciudad, no están completamente muertos; algunos incluso resurgirán más adelante, pero de momento se hunden insensiblemente. Entre estos dos mundos, uno orientado hacia el norte y hacia el este, el otro hacia el Mediterráneo, se sitúa, en las orillas del Canal de la Mancha, en la cuenca parisina, en Borgoña, en Alemania, en Baviera, una zona en la que se da más activamente que en otras partes el contacto entre las fuerzas jóvenes de la barbarie y los restos del romanismo. En ella se producen interpenetraciones, encuentros que en gran parte son fecundos. Conviene no perder de vista esta diversidad geográfica; es fundamental, y de ella dependen en gran parte los primeros progresos del crecimiento.

1. LAS FUERZAS PRODUCTIVAS

LA NATURALEZA

A lo largo del período que estudiamos el nivel de la civilización material permanece tan bajo que la vida económica se reduce esencialmente a la lucha que el hombre debe mantener cotidianamente, para sobrevivir, contra las fuerzas naturales. Combate difícil, porque el hombre maneja armas poco eficaces y el poder de la naturaleza lo domina. La primera preocupación del historiador debe ser la medición de este poder y el intento, por consiguiente, de reconstruir el aspecto del medio natural. La tarea es difícil; requiere una investigación minuciosa, a ras de tierra, en búsqueda de los vestigios del paisaje antiguo que conservan en los campos actuales los nombres de lugares y cultivos, el trazado de los caminos, los límites de las tierras cultivadas, las formaciones vegetales. Esta investigación está muy lejos de haberse completado; en muchas regiones de Europa apenas está iniciada y, consiguientemente, nuestros conocimientos son inseguros.

En Europa occidental la estepa penetra en Panonia, en la cuenca media del Danubio; se insinúa incluso más lejos todavía, localmente, hasta en ciertas llanuras pantanosas de la cuenca parisiense. Sin embargo, de una forma general, las condiciones climáticas favorecen el desarrollo del bosque; en la época que nos ocupa el bosque parece reinar sobre todo el paisaje natural. A comienzos del siglo IX las posesiones de la abadía parisina de Saint-Germain-des-Prés se extendían por una región en la que el esfuerzo agrícola se había desarrollado más ampliamente que en otras partes, y sin embargo el bosque cubría aún las dos quintas partes de este dominio. Hasta fines del siglo XII la proximidad de una amplia masa forestal influyó sobre todos los aspectos de la civilización: se pueden descubrir sus huellas tanto

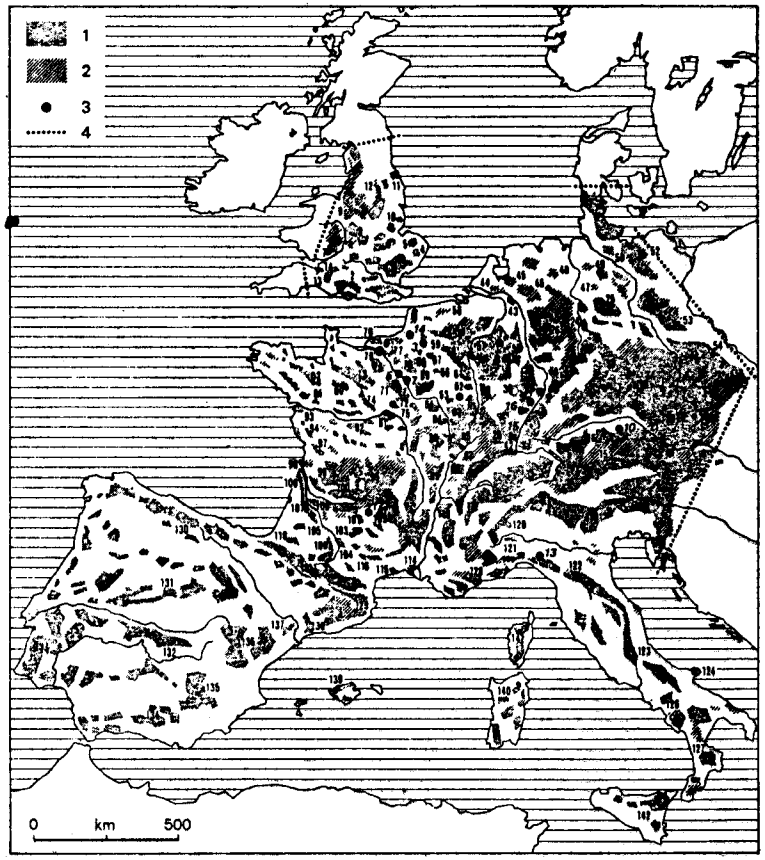

Fig. 1.—G. Fourquin: «Mapa de los bosques de la Alta Edad Media», en *Histoire économique de l'Occident médiéval*, A. Colin, collection «U», 1969.

en la temática de las novelas cortesanas como en las formas inventadas por los decoradores góticos. Para los hombres de esta época el árbol es la manifestación más evidente del mundo vegetal.

No obstante, es preciso tener en cuenta dos observaciones; por un lado, los suelos son, en esta parte del mundo, de una extrema diversidad. Sus aptitudes varían notablemente en muy cortas distancias. La sabiduría campesina ha opuesto siempre las «tierras cálidas» a las «tierras frías», es decir, los suelos ligeros en los que el agua penetra fácilmente y el aire circula, que se dejan trabajar con facilidad, a los suelos duros, espesos, donde la humedad penetra mal, que resisten al útil de trabajo. En las pendientes de los valles o en las llanuras se dispone, pues, de terrenos en los que la capa forestal es menos resistente, en los que al hombre le resulta menos difícil modificar las formaciones vegetales en función de sus necesidades alimenticias. En el siglo VII el bosque europeo aparece sembrado de innumerables claros. Algunos son recientes y estrechos, como los que proporcionaron su alimento a los primeros monjes de Saint-Bavon de Gante; otros se extienden por amplias zonas, como aquellos en los que, desde siglos, se mezclan los campos y la maleza en las llanuras de Picardía. Se debe notar, por otra parte, que en las proximidades del Mediterráneo la aridez estival, la violencia de las lluvias, las diferencias acusadas del relieve, la potencia de la erosión que arranca la tierra a las laderas de los valles y acumula en la parte inferior los depósitos no fértiles, hacen el bosque frágil, vulnerable al fuego que encienden los agricultores y los pastores; el bosque se reconstruye lentamente y se degrada con facilidad, y de modo definitivo, en matorral. En la franja meridional para producir las subsistencias hay que luchar más contra las aguas que contra el árbol. Se trata de domesticar éstas para proteger el suelo de las pendientes, para drenar los pantanos de las llanuras y para compensar con la irrigación la excesiva sequedad de los veranos.

A la vista de lo expuesto puede deducirse el papel determinante que desempeñan las variaciones climáticas. De la temperatura, y más aún de la humedad, de la repartición

de las lluvias en el curso de las estaciones, dependen la resistencia más o menos grande de las formaciones boscosas, el comportamiento de los suelos, el éxito o el fracaso del hombre cuando se esfuerza por extender el espacio cultivado. Ahora bien: no es posible actualmente creer que el clima ha permanecido estable en Europa durante los tiempos históricos. El historiador de una economía tan primitiva como la de la primera Edad Media no puede, por consiguiente, hacer abstracción de las fluctuaciones que, por ligeras que fueran, han modificado las condiciones de la lucha entre el hombre y la naturaleza. Lo difícil es fecharlas y estimar su amplitud. Los textos medievales apenas proporcionan, sobre estos puntos, indicaciones válidas. Sin duda, los cronistas de la época se muestran de ordinario muy atentos a los meteoros; anotan a lo largo de los años, entre las demás calamidades con las que la cólera divina castiga al género humano, los fríos excesivos y las inundaciones, pero sus apreciaciones son siempre subjetivas, imprecisas y ocasionales, y lo que interesa para este género de investigaciones son series continuas de anotaciones mensurables. Se ha intentado recurrir a la dendrología, es decir, al examen de los troncos de los árboles cuyos círculos concéntricos anuales reflejan, por la variación de su espesor, la mayor o menor vitalidad de la planta, es decir, sus reacciones a las influencias climáticas. Pero las especies arbóreas europeas son de longevidad insuficiente para proporcionar indicios aplicables a la Alta Edad Media. Los datos más útiles para el medievalismo siguen siendo, en Europa, los que proporciona el estudio de los avances y retrocesos de los glaciares alpinos. La turbera de Fernau, en el Tirol, situada en la proximidad de un frente glaciar, ha estado en varias ocasiones, en el curso de la historia, recubierta por los hielos. La acumulación de vegetales fue entonces interrumpida, y en el espesor de la turbera se pueden descubrir hoy día capas de arena más o menos espesas que se intercalan entre las capas de descomposición vegetal. Corresponden a los avances del glaciar. Es posible así proponer una cronología, evidentemente aproximada, de los flujos y reflujos glaciares, es decir, de las oscilaciones climáticas, puesto que los movimientos del glaciar están directamente relacionados con las variaciones de la temperatura y de la pluviosidad. Parece ser, pues, que los Alpes han conocido, durante la Edad Media, un primer avance glaciar que se puede situar entre los comienzos del siglo V y la primera mitad del siglo VIII. Esta fase fue seguida de un retroceso que se prolongó hasta mediados del siglo XII, y la retirada de los hielos fue entonces, al parecer, claramente más acentuada de lo que lo es en la actualidad. Esto hace suponer que Europa occidental se benefició durante el período correspondiente al retroceso de los hielos de un clima más suave que el actual, y también menos húmedo: no se observa en las turberas la presencia de musgos higrófilos. Después, los glaciares progresan de nuevo desde mediados del siglo XII, y muy bruscamente: el glaciar de Aletsch recubrió en esta época todo un bosque de coníferas cuyos troncos momificados han quedado al descubierto tras el retroceso actual. Esta segunda fase activa termina hacia 1300-1350. Debe ser relacionada con un descenso de la temperatura media (débil, en realidad: los especialistas la creen inferior a un grado centígrado) y con un aumento de la pluviosidad cuyas huellas son visibles por todas partes: en las proximidades de una aldea provenzal ciertas grutas fueron abandonadas a mediados del siglo XIII a causa de las fuertes infiltraciones de agua provocadas, sin duda, por la agravación de las lluvias de verano y por la debilitación de la evaporación debida al descenso general de la temperatura.

Los datos suministrados por la glaciología alpina pueden ser corroborados por fenómenos conocidos a través de testimonios de otro tipo y de otros lugares. Tal vez sea arriesgado establecer una relación directa entre las oscilaciones climáticas y la transgresión marina, cuya existencia acaba de ser establecida, que, poco después del año mil, sumergió los establecimientos humanos de las costas flamencas. En cambio, existen concordancias dignas de interés entre las alternaciones de flujos y reflujos glaciares y las modificaciones del manto vegetal que pone de manifiesto el examen del polen conservado en las turberas. El estudio de estos residuos vegetales permite sobre todo establecer una cronología, igualmente aproximada, de la ex-

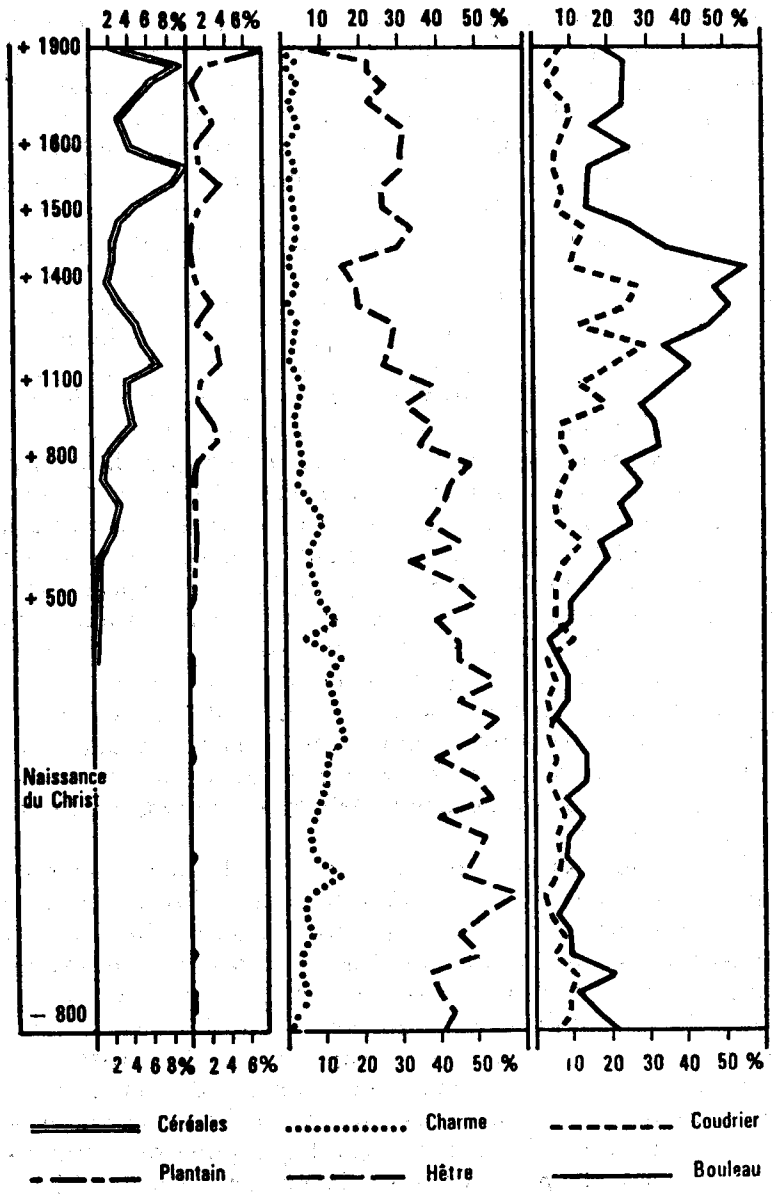

Fig. 2.—«Diagrama de polen del Rotes Moor», según Delort: *Introduction aux sciences auxiliaires de l'histoire*. A. Colin, 1968. [Céréales: cereales; charme: hojaranzo; coudrier: avellano; plantain: llantén; hêtre: haya; bouleau: abedul.]

tensión y la retracción de las formaciones forestales en la vecindad de las acumulaciones de turba. Uno de los primeros diagramas polínicos realizados muestra, en las llanuras del centro de Alemania, entre el siglo VII y mediados del XI, un retroceso progresivo del bosque al que siguió, en los siglos XIII y XIV, la lenta reconquista del espacio por el árbol. Recientemente, estudios realizados en las Ardenas han descubierto, separados por fases de retroceso, tres avances sucesivos del haya; fechados respectivamente en los alrededores de los años 200, 700 y 1200, corroboran lo que sugieren las observaciones glaciológicas en cuanto a las oscilaciones de larga duración del clima europeo. Por imprecisos que sean estos indicios, su convergencia permite fundamentar la hipótesis —y esto es lo interesante para nuestro propósito— de que hubo en Europa occidental un clima menos húmedo y más cálido entre el siglo VIII y la segunda mitad del XII, es decir, en el momento en el que se insinúa el primer despegue de un crecimiento económico que, como veremos, fue esencialmente agrícola.

Sería temerario afirmar que nos hallamos ante una estrecha correlación de estos dos fenómenos y no ante una simple coincidencia; los efectos de la coyuntura climática sobre las actividades humanas no son tan simples y, además, hay que considerar que la fluctuación fue ciertamente de escasa amplitud, demasiado escasa al menos para que la elevación de la temperatura y la reducción de la pluviosidad hayan podido determinar en el manto vegetal cambios de especie. Sin embargo, incluso si el aumento de las medias térmicas anuales, como se puede suponer en la hipótesis más prudente, fue inferior a un grado centígrado, no dejó, en el estado de las técnicas agrícolas de la época, de repercutir sobre las aptitudes de los suelos cultivados; observemos, en efecto, que tal variación corresponde poco más o menos a la diferencia existente en la Francia actual entre el clima de Dunkerque y el de Rennes, entre el clima de Belfort y el de Lyon. Además, todo hace creer que este aumento de temperatura fue acompañado de una relativa sequedad, y esto es lo importante. Investigaciones realizadas en base a documentos ingleses correspondientes a una época ligeramente posterior a la que aquí estudiamos han

establecido, en efecto, que en los campos europeos sometidos a la influencia atlántica la cosecha cerealista no se vio afectada por las oscilaciones térmicas, pero era tanto mejor cuanto más secos eran el verano y el otoño y, por el contrario, se hallaba comprometida por lluvias demasiado abundantes, sobre todo cuando el exceso de pluviosidad se situaba en el período otoñal[1]. No se puede, por tanto, olvidar este dato que nos ofrece la moderna historia del clima: en los campos de Europa occidental que estaban a principios del siglo VII todavía sumidos en la hostilidad de un largo período de humedad fría, las condiciones atmosféricas, según todas las apariencias, se hicieron poco después y de forma lenta más propicias a los trabajos de la tierra y a la producción de las subsistencias. De esta ligera mejoría se beneficiaron, sobre todo, las provincias septentrionales; en la zona mediterránea, en cambio, el aumento de la aridez hizo, sin duda, más frágil la cobertura forestal y, por consiguiente, más vulnerable el suelo a los efectos destructores de la erosión.

CONJETURAS DEMOGRAFICAS

Cuando se intenta conocer, en el umbral del período que estudiamos, la implantación humana, se tropieza con dificultades prácticamente insuperables. Los documentos escritos no proporcionan casi ninguna indicación; las primeras relaciones susceptibles de ser utilizadas por el demógrafo no aparecen hasta comienzos del siglo IX en los inventarios de algunos grandes dominios carolingios; todas proceden de zonas muy concretas en las que se había extendido el uso de la escritura en la administración, es decir, de las regiones situadas entre el Loira y el Rin, por un lado, y de Italia del norte, por otro; además, todas se refieren a islotes de poblamiento muy restringidos. La arqueología podría darnos indicios más numerosos y menos desigualmente repartidos en el espacio, pero las investigaciones son todavía muy escasas. La prospección arqueológica descubre restos de hábitat cuya interpretación demográfica es muy delicada. Del estudio de las sepulturas y de los restos humanos que contienen se pueden obtener algunas informaciones sobre el sexo, la edad y, a veces, la complexión biológica de los inhumados; con estos datos es posible atreverse a construir tablas de mortalidad, pero antes es preciso inventariar el cementerio entero, estar seguro de que todos los habitantes del lugar fueron sepultados en él, de que no ha habido fenómenos de segregación en función de la condición social o de la pertenencia a un grupo étnico, y, por último, hay que delimitar el período de utilización de la necrópolis, es decir, hay que fechar las tumbas. Es posible hacerlo, con una cierta aproximación, cuando los sepulcros contienen objetos funerarios, pero el progreso de la cristianización y las modificaciones que este progreso determinó en el culto a los muertos hacen desaparecer, con el transcurso del tiempo, todos los elementos de datación. Problemas técnicos, en suma, de difícil solución, que limitan extraordinariamente el valor de los descubrimientos. Muy hipotéticos también son los resultados de las investigaciones que, mediante el examen de los territorios cultivados, de los suelos y de los restos florales, intentan delimitar el área de la ocupación humana en estas épocas antiguas. En una palabra, toda conjetura demográfica relativa a esta época se basa en fundamentos muy frágiles.

Al menos, la impresión de conjunto es que el siglo VII se sitúa, en la historia del poblamiento de Europa, al final de una larga fase de regresión que, sin duda, se relaciona con las fluctuaciones climáticas. Parece probable que el mundo romano se vio afectado a partir del siglo II de la era cristiana por un movimiento de descenso demográfico; esta lenta debilitación parece haberse acentuado bruscamente en el siglo VI por la aparición de una epidemia de peste negra. Según el historiador bizantino Procopio, el mejor testigo de estas calamidades, el mal se extendió en 543-546 a través de Italia y de España, invadió una gran parte de la Galia y llegó hasta las orillas del Rin superior y medio. Sabemos por la descripción de Gregorio de Tours que, efectivamente, se trataba de la peste bubónica, que hizo su aparición después de unas inundaciones catastrófi-

[1] J. Titow, «Evidence of weather in the account rolls of the bishopric of Winchester, 1209-1350», *Economic History Review*, 1960.

cas, que atacó a toda la población, y sobre todo a los niños, y que provocaba la muerte inmediata. Como después del segundo ataque del mismo azote que Europa sufrió a mediados del siglo XIV la epidemia siguió causando víctimas durante más de medio siglo, surgiendo nuevos brotes de peste como los señalados por los textos en el año 563 en Auvernia; en el 570, en Italia del norte, en Galia y en España; en el 580, en el sur de Galia; la epidemia hace estragos en Tours y en Nantes en 592; reina entre el 587 y el 618 en Italia y en Provenza. Ningún dato numérico permite la menor evaluación de los efectos de la mortalidad. En Italia, a los de la peste se unen los de la guerra provocada por la invasión lombarda. Las observaciones de los arqueólogos descubren, en todo caso, una disminución sensible del poblamiento, que no se limita a los lugares de los que sabemos por los textos que fueron atacados por la peste; en Alemania se observa un claro retroceso de la ocupación humana tanto en el sudoeste como en las costas del mar del Norte: el yacimiento de Mahndorf, al sudeste de Bremen, estaba ocupado por ochenta campesinos entre el 250 y el 500; entre el 500 y el 700 los habitantes eran, como máximo, una veintena; la zona costera, poblada hacia el año 400, parece vaciarse después de un modo total.

Ciertas evaluaciones de conjunto de la población europea han sido realizadas para el siglo VI; proponen una estimación de 5,5 habitantes por kilómetro cuadrado en Galia, de 2 en Inglaterra —que tendría menos de medio millón de habitantes—, de 2,2 en Germania, donde, en las regiones más intensamente ocupadas, el espacio cultivado habría abarcado del 3,5 al 4 por 100 de la superficie total. Mantegamos la mayor prudencia respecto a estas cifras; su único interés radica en mostrar cuán escasos eran los hombres en Europa en el inicio del movimiento de progreso que nos proponemos observar. Estas tierras boscosas estaban prácticamente vacías. Además, sus habitantes aparecen en estado de desnutrición: los esqueletos y la dentición recogidos en las sepulturas revelan la existencia de fuertes deficiencias alimenticias que explican la vulnerabilidad de la población a los ataques de la peste. Epidemias no identificadas están atestiguadas todavía en Inglaterra en

el 664; en Italia, hacia el año 680; en el 694, en la región de Narbona; un nuevo recrudecimiento de la peste se produce hacia el 742-743; la despoblación, el abandono de las tierras cultivadas y su conversión en zonas pantanosas provocan la instalación endémica de la malaria en las llanuras mediterráneas. En este vacío humano el espacio es sobreabundante. En estas condiciones la base de una fortuna no es la posesión del suelo, sino el poder sobre los hombres, sin embargo tan míseros, y sobre sus muy pobres útiles de trabajo.

LOS UTILES DE TRABAJO

De estos útiles apenas sabemos nada. Son peor conocidos que los de los campesinos del Neolítico. Los textos, los raros textos de esta época, no nos enseñan nada sobre ellos; nos dan palabras, y aun en estos casos se trata de palabras latinas que traducen torpemente el lenguaje vulgar, anticuadas e incapaces de expresar la realidad cotidiana. Bajo estos vocablos, ¿cómo conocer el objeto, su forma, su materia, en definitiva, su mayor o menor eficacia? Del *aratrum* o de la *carruca* mencionados de vez en cuando por los documentos escritos muy poco prolijos que han intentado a lo largo de los siglos describir los trabajos agrícolas, ¿qué podemos conocer? Los dos términos, sin duda intercambiables —el primero es utilizado por los escribas más letrados, porque procedía del vocabulario clásico; el otro traduce más fielmente el habla popular—, evocan solamente un instrumento arrastrado por un tiro y destinado a la labor. La segunda palabra indicaría, como máximo, que el útil estaba provisto de ruedas, pero ninguna glosa permite definir cuál era la traza de su reja, si su acción se ampliaba con el añadido de una vertedera, es decir, si el labrador disponía de un verdadero arado, capaz de remover el suelo y de airearlo en toda su profundidad, o solamente de un arado cuya reja simétrica podía, como máximo, abrir un surco sin remover la tierra. Los descubrimientos arqueológicos no han proporcionado casi nada que pueda iluminar, para esta época, la historia de la tecnología campesina.

Y tampoco se puede esperar mucho de la iconografía, por otra parte muy deficiente; de hecho, nada nos permite juzgar si tal imagen intenta reproducir el espectáculo de la vida contemporánea o si, inspirándose en modelos de talleres antiguos o exóticos, presenta formas puramente simbólicas y desprovistas de toda referencia a lo cotidiano, sin preocuparse por el realismo. La falta de informaciones seguras relativas a los aperos de labranza es particularmente lamentable. ¿Cómo hacerse una idea de las fuerzas productivas si se ignora todo sobre los útiles de trabajo?

En una oscuridad tan profunda resulta obligado recurrir a documentos más tardíos, a los textos que el renacimiento de la escritura, estimulado por la administración carolingia, hizo surgir a fines del siglo VIII. Precisemos antes de nada que estos escritos se refieren sólo a los dominios más amplios y a los mejor organizados, es decir, a sectores de vanguardia de la técnica agrícola. Los pesquisidores, a los que se confió la misión de realizar el inventario de estas grandes explotaciones, tenían órdenes de enumerar los útiles de los que disponía cada centro y especialmente los utensilios de metal, que eran los de más valor. He aquí una de estas relaciones. Conservada en un manuscrito del primer tercio del siglo IX, se refiere a un gran dominio real, al de Annappes, situado en los confines de Flandes y de Artois: «Utiles: dos barreños de cobre, dos vasos para beber, dos calderos de cobre, uno de hierro, una sartén, unas llares, un morillo, un portaantorchas, dos destrales, una doladera, dos taladros, un hacha, un raspador, una garlopa, una llana, dos guadañas, dos hoces, dos palas de hierro. Utiles de madera suficientes»[2]. Del texto copiado se desprenden claramente los hechos siguientes: los objetos cuidadosamente inventariados a causa de su valor son ante todo utensilios de cocina o de hogar y, además, algunos útiles destinados al trabajo de la madera; en esta explotación muy amplia en la que se criaban cerca de doscientas reses bovinas los únicos instrumentos de metal empleados en la agricultura estaban destinados a cortar la hierba y

[2] *Monumenta Germaniae Historica, leges,* «Capitularia regum francorum», I, p. 254.

MORILLO: CABALLETES DE HIERRO SOBRE LOS QUE SE APOYA LA LEÑA
BARREÑO: VASIJA DE HIERRO, DE METAL, DE GRAN CAPACIDAD
LLARE: CADENA DE HIERRO
DESTRAL: HACHA PEQUEÑA.

el trigo o a remover la tierra a mano; el dueño no poseía más que un número reducido de ellos, sin duda porque los cultivadores de la tierra venían en su mayor parte de fuera y llevaban consigo sus propios aperos; ningún instrumento aratorio es mencionado entre los útiles metálicos. La utilización del hierro parece, pues, extremadamente limitada en el equipo agrícola, y la rareza del metal se halla confirmada por otros textos. La Ley sálica, cuya primera redacción latina es de 507-511, y que sufrió añadidos y modificaciones constantes a lo largo de los siglos VII y VIII, castigaba con una fuerte multa el robo de un cuchillo. El capitular *De villis*, guía redactada hacia el año 800 para uso de los administradores de las propiedades reales, les recomendaba que realizaran atentamente el inventario de los herreros, de los *ministeriales ferrarii;* a su paso por Annappes, los pesquisidores han anotado que no había ningún herrero en el dominio. En el gran monasterio de Corbie, en Picardía, cuya economía interna conocemos bastante bien gracias a los estatutos promulgados por el abad Adalardo en el año 822, existía un solo taller para el que se compraba hierro de modo regular y donde se llevaban a reparar todos los útiles de trabajo de los diferentes dominios rurales; pero allí no se fabricaban los arados empleados en la huerta de la abadía; proporcionados por los campesinos, eran construidos y reparados con sus propias manos y, por consiguiente, parece, sin utilizar el metal. Nos inclinamos a pensar, por tanto, que en las grandes explotaciones agrícolas sobre las que nos informan los manuscritos de la época carolingia —a excepción tal vez de los redactados en Lombardía que hablan más a menudo de los herreros y que aluden a algunos colonos obligados a entregar en censo rejas de hierro—, el arado, el instrumento básico para el cultivo de los cereales, figuraba entre los útiles de madera olvidados por los redactores de los inventarios que se contentaban con anotar que había «suficientes». El arado no era construido por un especialista, capaz de trabajarlo de manera más compleja y eficaz, sino en la casa campesina. Se puede pensar que su punta de ataque, en su totalidad de madera endurecida al fuego, y en el mejor de los casos recubierta de una delgada lámina de metal, era poco capaz,

LOLLARES: SEGUR QUE USAN LOS HOMBREZOS
SESDER: HACHA GRANDE.

incluso cuando el útil fuera muy pesado, estuviera provisto de ruedas y lo arrastraran seis u ocho bueyes, de remover suelos compactos. No podía ni siquiera remover bastante profundamente las tierras ligeras para estimular vigorosamente la regeneración de sus principios de fertilidad. Frente a la potencia de la vegetación natural el arado era un arma irrisoria.

De hecho, no es seguro que el personal de los grandes dominios que describen los inventarios del siglo IX haya estado tan bien equipado como los cultivadores de las comarcas más salvajes. Estas explotaciones pertenecían casi todas a monjes, es decir, a hombres letrados, influidos por los modelos clásicos de la agricultura romana, que intentaban aplicar sus fórmulas a la puesta en valor de la tierra. Pero la civilización romana, porque era predominantemente mediterránea, porque el Mediterráneo es pobre en metales, porque los suelos arables son frágiles, porque la labor no consiste en dar la vuelta a la tierra, sino tan sólo en romper la costra superficial y en destruir la vegetación parasitaria, no se había preocupado del perfeccionamiento de las técnicas aratorias: desde el comienzo de nuestra era los romanos habían descubierto con sorpresa que los «bárbaros» empleaban unos aperos agrícolas menos rudimentarios que los suyos, y pese a todo no habían intentado apropiárselos. Durante la Alta Edad Media algunos indicios permiten atribuir una cierta superioridad técnica a regiones menos «civilizadas» que la región de la Isla de Francia. El estudio de las lenguas eslavas nos informa, por ejemplo, de que el arado verdadero, no el arado romano, estaba lo suficientemente extendido por Europa central como para recibir un nombre específico antes de las invasiones húngaras que separaron a los eslavos del sur de los del norte, es decir, antes del siglo X. En Moravia, en los Países Bajos, los arqueólogos han descubierto objetos de hierro que, tal vez, son rejas de arados. La ilustración de un manuscrito inglés del siglo X muestra, en acción, un instrumento de labor provisto de una vertedera. El poeta Ermoldus Nigellus evoca las rejas de hierro en el siglo IX, a propósito de Austrasia, es decir, de la provincia más salvaje de la Galia, y si en su *Colloquium*, cuyo manuscrito con la versión latina

data de los alrededores del año mil, el anglosajón Aelfric Grammaticus hace decir al *lignarius*, al artesano de la madera, «yo fabrico los útiles», atribuye al herrero un papel fundamental en la confección del arado, que debe a este trabajador del hierro sus accesorios más eficaces y lo mejor de su potencia. Estas indicaciones dispersas nos inducen a suponer que, durante la segunda mitad del primer milenio, los pueblos herreros de la Germania primitiva, en la oscuridad total que recubre en estos momentos la historia de las técnicas, tal vez han extendido, poco a poco, el uso del metal en los instrumentos agrícolas.

Conservemos, sin embargo, la imagen global de una sociedad agraria mal equipada y obligada, para producir sus alimentos, a enfrentarse a la naturaleza con las manos casi desnudas. El aspecto muy clareado que presenta en el siglo VII la ocupación del suelo depende tanto de la precariedad de equipos como de la insuficiencia demográfica. Las tierras cultivadas permanentemente son raras; se reducen estrictamente a los suelos menos resistentes al trabajo campesino. De estos campos los hombres sacan una parte de su alimento, pero sólo una parte. Mediante la recogida de los frutos salvajes, a través de la pesca o de la caza —la red, la trampa, todos los ingenios de captura son, y serán por mucho tiempo, armas primordiales en el combate por la supervivencia—, y gracias a la práctica intensiva de la ganadería los hombres encuentran suficientes alimentos en las riberas, en el río, en las tierras baldías y en el bosque.

EL PAISAJE

La fisonomía del paisaje refleja la densidad del poblamiento y el estado de los útiles de trabajo; pero también el sistema de cultivo que, a su vez, depende de las tradiciones alimenticias. En efecto, no hay que pensar que una sociedad humana se alimenta de lo que la tierra en la que está asentada podría producir más fácilmente; la comunidad es prisionera de hábitos que se transmiten de generación en generación y que difícilmente se dejan modificar; en consecuencia, lucha encarnizadamente para vencer la

resistencia del suelo y del clima, con el fin de obtener los alimentos cuyo consumo le imponen sus costumbres y sus ritos. El historiador debe, previamente, informarse sobre ellos cuando intenta imaginarse cuáles eran los usos agrícolas en el pasado.

Se puede pensar que el encuentro y la fusión progresiva de la civilización romana y de la civilización germánica, cuyo escenario fue Europa occidental durante el comienzo de la Alta Edad Media, favorecieron, entre otras cosas, la confrontación de tradiciones alimenticias sensiblemente diferentes. Recordemos el asco que inspiraba al galorromano Sidonio Apolinar la forma en que se alimentaban los bárbaros con los que se codeaba: su cocina, a base de mantequilla y de cebolla, le parecía repugnante. De hecho, durante los siglos VII y VIII se enfrentaron también dos maneras de explotar los recursos naturales y, por consiguiente, dos tipos de paisaje: un tipo romano, en vías de degradación, y un tipo germánico, en vías de perfeccionamiento, que progresivamente se interpenetraron.

Algunos textos nos dan a conocer, para esta época, el modelo de alimentación legado por Roma. Sabemos, por ejemplo, que los pobres mantenidos en los hospicios de Luca recibían cada día, en el año 765, un pan, dos medidas de vino y una escudilla de legumbres condimentadas con grasa y aceite. Las indicaciones más consistentes nos las proporcionan los capítulos XXXIX y XL de la regla promulgada por San Benito de Nursia a fines del siglo VI para las comunidades monásticas de Italia central. Estos preceptos señalan, para los diversos períodos del calendario litúrgico, el número de comidas, la clase de alimentos que deben ser consumidos, e incluso la medida de las raciones. Digamos brevemente que la regla de San Benito ordena servir en el refectorio platos compuestos, como en los primeros tiempos del monaquismo, de «hierbas», de «raíces» y de leguminosas; añade, en cantidad muy sustancial, pan y vino a estos alimentos, que se consumen crudos o cocidos y que no aparecen sino como acompañamiento del pan, el *companagium*. Notemos que se trata en este caso de un régimen muy especial, compuesto para hombres que se habían comprometido a la abstinencia y que, de modo especial, se prohibían, salvo en caso de desfallecimiento físico, el consumo de la carne de los cuadrúpedos. Evidentemente, y puesto que esta prohibición es presentada como una privación difícil y eminentemente saludable, en el régimen normal de esta región había lugar para la carne. Se debe pensar, sin embargo, que San Benito y los maestros en los que se inspiraba, animados por un espíritu de moderación, no se habían alejado excesivamente, cuando dispusieron estos reglamentos alimenticios, de las costumbres habituales de la sociedad rural de su tiempo. Verdaderamente, la sociedad mediterránea esperaba de la tierra, de acuerdo con la tradición romana, ante todo cereales panificables y vino; después, habas y guisantes, «hierbas y raíces» cultivadas en el huerto, y, por último, aceite.

Esta manera de alimentarse se acomodaba al estilo de existencia que la colonización romana había implantado, desde hacía tiempo, en la proximidad de las ciudades, hasta en Bretaña y en las orillas del Rin, y que los germanos quisieron apropiarse, porque, a sus ojos, caracterizaba a la élite civilizada del mundo feliz cuya entrada habían forzado. Tales costumbres alimenticias se habían impuesto como modelo gracias al prestigio que les otorgaba el hecho de estar relacionadas con la civilización clásica. Uno de los signos elementales de la promoción cultural fue, por tanto, comer pan y beber vino, consumir estas dos especies que los ritos mayores del cristianismo proponían como el símbolo mismo de la alimentación humana. El amplio movimiento que hace difundirse este tipo de alimentación «civilizada» aparece en pleno desarrollo en el siglo VII: la implantación en las zonas salvajes del norte y del este de nuevas comunidades monásticas cuyos miembros estaban obligados, por textos precisos, a alimentarse como los campesinos italianos contemporáneos de Benito de Nursia, contribuyó a propagar estas prácticas alimenticias. Pero adoptarlas obligaba a importar ciertos productos —los monjes de Corbie, en Picardía, obtenían el aceite en el puerto provenzal de Fos, adonde lo llevaban, de más lejos aún, los navíos— o a poner en funcionamiento un sistema de cultivo apropiado, basado en la producción de cereales panificables y en la viticultura. Los principios y los modelos de

tal sistema podían encontrarse en los escritos de los agrónomos latinos que se veneraban por la misma razón que los restantes vestigios de la literatura clásica, recopilados como ellos en los escritorios de los monasterios: el manuscrito más antiguo de los *gromatici* que se conserva procede de la abadía italiana de Bobbio y está fechado en el siglo VII. Aunque el clima de un amplio sector de Europa occidental fuese, sobre todo a causa de la excesiva humedad, poco favorable para el cultivo del trigo y menos favorable aún para el de la viña, el sistema se había extendido ampliamente. Y seguía extendiéndose. Se siente uno tentado de pensar que la lenta modificación de la temperatura y de la pluviosidad favorecían sus progresos. Los miembros de la aristocracia, y en primer lugar los obispos, cuyo papel fue esencial en el mantenimiento de las formas superiores de la civilización antigua, habían creado viñedos en las proximidades de sus residencias y fomentado la extensión de su cultivo. De esta forma se había extendido, muy lejos de su cuna meridional, un cierto tipo de paisaje.

Este paisaje, cuya base es el campo permanente, había sido concebido inicialmente en función de una agricultura de llanura, que en los países mediterráneos exige una organización colectiva aplicada a la domesticación de las aguas. En las provincias más estrechamente sometidas a Roma esta organización se había desarrollado en el marco ortogonal, rígido, estático, de la centuriación, cuyas huellas, muy claras todavía bajo la red catastral actual, permite observar la fotografía aérea en Africa del norte, en Italia, en el valle del bajo Ródano. Los amplios espacios dedicados al cultivo de los cereales y a las plantaciones de viñas y de olivares se hallaban repartidos entre grandes explotaciones compactas, de superficie cuadrangular. En las regiones más alejadas del Mediterráneo la implantación de campos y viñas se había realizado de forma cada vez menos homogénea, en suelos cada vez más escasos y dispersos que parecían propicios a la creación de claros agrícolas alrededor de *villas* aisladas. En este sistema la producción de cereales se basaba en una rotación bienal del cultivo: la tierra sembrada durante un año era dejada en reposo al siguiente; en este barbecho sólo se sembraban algunas leguminosas. Esta disposición, así como la presencia de la viña, exigía una clara separación entre las zonas de pasto y las tierras de labor: al *ager* se oponía vigorosamente el *saltus*, la zona reservada al ganado. Tomemos el ejemplo de Auvernia, este islote privilegiado de la romanidad en el corazón de Galia, cuyo paisaje agrario podemos entrever a través de algunas noticias dispersas en la obra de Gregorio de Tours, que procedía de allí. El contraste es considerable entre Limagne —«que está cubierta de mieses y no tiene bosques», donde la falta de madera obliga a hacer fuego con la paja y cuya agricultura de llanura está constantemente amenazada por la inundación y por el retorno conquistador de la ciénaga— y las montañas que la rodean, los *saltus montenses*, la *silva*, dominio de los cazadores domésticos, que proveen de caza a las viviendas aristocráticas de la llanura, dominio de los eremitas que han querido huir del mundo, dominio sobre todo de los pastores, amplia zona de pasto para las ovejas y que, en grandes sectores, pertenece al Estado, al que los ganaderos pagan derechos de pasto.

Este contraste es decisivo en la repartición del hábitat. En el *saltus* se mantienen formas primitivas de asentamiento, anteriores a la conquista romana, aldeas de altura, instaladas en el cruce de caminos muy antiguos, cuya red en forma de estrella, todavía visible actualmente en algunas partes de la topografía de los campos, difiere sensiblemente de la red regular y ortogonal impuesta más recientemente en las llanuras por la centuriación. A estos *castella*, para utilizar una expresión de Sidonio Apolinar, se oponen las *villas* diseminadas por el *ager*. El vocabulario de los escritores del siglo VII distingue, por una parte, las residencias de los señores *(domus)*, situadas en el centro de los grandes dominios —rodeadas de edificios de explotación y de cabañas en las que viven los servidores domésticos, cada una de ellas es el centro de un importante núcleo de población— y, por otro lado, las casas de los campesinos *(casae)*, igualmente dispersas en medio de los campos —el seto que las protege abriga también, junto a construcciones elementales, los graneros y las tinajas en las que se conservan las reservas de provisiones. De trecho en trecho aparece un

vicus, una pequeña aglomeración de agricultores; estos centros, por el momento abiertos y sin murallas —se han contado trece en la baja Auvernia y cerca de noventa en la diócesis de Le Mans—, se han convertido en el siglo VI en las sedes de las primeras parroquias rurales. En el aspecto religioso al menos, las *villae* de los alrededores son consideradas como sus satélites.

Realmente, estas estructuras representan un vestigio del pasado, en vías de degradación como todas las realizaciones de la civilización romana. Y una de las razones de su progresiva degradación se halla en el hecho de que las tradiciones alimenticias sufren una lenta modificación. En Galia, puesto que los contactos comerciales disminuyen y hay que vivir de lo que se tiene a mano, el uso del tocino, de la grasa, de la cera, tiende a desplazar al aceite en la alimentación y en la iluminación. Idénticos cambios se producen en Italia del norte por influencia de las costumbres importadas por los invasores germánicos, cuyo prestigio de guerreros victoriosos las hace atractivas: en Italia, la ración diaria de los artesanos especializados como los *maestri comacini* —la conocemos por reglamentos de mediados del siglo VII— concede un amplio lugar a la carne de cerdo. En las casas de los ricos cada vez se consume más caza. Es decir, los productos del *saltus*, de la naturaleza salvaje, tienen una función cada vez más importante en la alimentación de los hombres. Pero el paisaje de tipo romano se degrada también porque la agricultura de llanura, recordémoslo, es frágil. La amenazan y la destruyen poco a poco las actividades de los merodeadores —a los que la incapacidad del poder público deja en libertad, y que convergen hacia los lugares en los que se acumulan las riquezas fáciles de tomar— y el abandono de las organizaciones colectivas de drenaje, incapaces en adelante de contener eficazmente la acción de las aguas. Insensiblemente, las zonas bajas del *ager* se despueblan y quedan abandonadas. A lo largo del siglo VII innumerables *villae*, cuyo emplazamiento en medio de tierras de labor descubren los arqueólogos, son abandonadas, mientras que los *vici* pierden su carácter y se convierten en simples *villae*. Estos fenómenos coinciden con la disminución general de la población. Pero pudiera ser,

igualmente, que desde esta época se haya iniciado en ciertas regiones de la Europa mediterránea, en Italia central, un lento movimiento de transformación del hábitat, un reflujo hacia los lugares encaramados en las alturas, una revigorización de los marcos primitivos del poblamiento indígena. La decadencia de Roma se manifiesta también por este retorno a tipos de aldeas y a sistemas de cultivo que se habían organizado en otro tiempo en función no del *ager*, sino del *saltus*, y de una amplia explotación de la naturaleza salvaje, es decir, a tipos de aldeas y a sistemas de cultivo muy próximos a los germánicos.

Los paisajes de tipo germánico aparecen en estado puro en las regiones no influidas por la civilización romana, como el país de los sajones, o apenas desfloradas, como Inglaterra. En esta zona septentrional de Europa la ocupación humana era muy débil, tres veces menos densa, según hemos dicho, que en Galia; las condiciones climáticas y edafológicas obligaban, antes de sembrar los cereales, a voltear la tierra en profundidad con un instrumento arrastrado o, de forma sin duda más eficaz, a mano, con ayuda de una azada o una laya. Las necesidades técnicas y el escaso número de brazos obligaban a reducir los campos de cultivo a las tierras más aptas, a los loess de las llanuras en Germania, a los bordes aluviales de los ríos en Inglaterra. Es probable que en estas regiones salvajes los claros arables estuvieran desde el siglo VII en vías de ampliación: sin duda, en esta época, las tierras pesadas de las Middlands fueron poco a poco colonizadas por la agricultura tal vez gracias a una extensión de la esclavitud y a una mayor utilización de la mano de obra servil en el trabajo de los campos. A pesar de todo, en Germania el hábitat rural seguía estando muy disperso en aldeas de reducida importancia: en una zona próxima a Tubinga, en Alemania del sudoeste, en un terreno sin embargo particularmente fértil y fácil de cultivar, los arqueólogos calculan que había, a comienzos del siglo VI, solamente dos o tres explotaciones agrícolas que no alimentaban a más de veinte personas; en el valle del Lippe, las aglomeraciones que se han descubierto raramente reúnen más de tres hogares. Los arqueólogos se imaginan el espacio cultivado alrededor de cada uno de estos

puntos de poblamiento como un islote muy reducido, limitado como máximo a una decena de hectáreas. Este *in-field*, de extensión irrisoria, estaba ante todo ocupado por huertos situados en la proximidad inmediata de las casas; sometidos a un trabajo constante, enriquecidos por los detritus familiares y por el estiércol del corral, estos lotes formaban con mucho la parte más productiva del área explotada; en ellos había algunos árboles frutales, escasos todavía: los artículos de la ley sálica castigan con fuertes multas a los ladrones de frutos. Por lo que se refiere a los campos de labor parece que no cubrían totalmente el resto del pequeño claro. Los germanos —Tácito lo había ya señalado en la célebre fórmula: *Arva per annos mutant et superest ager*— practicaban una rotación periódica del cultivo cerealista y a un ritmo mucho más flexible que en los campos romanizados; abandonaban al yermo durante muchos años las parcelas cuya fertilidad comenzaba a agotarse, dejaban pastar en ellas a sus ganados y abrían nuevos campos de labor un poco más lejos en suelos a los que un cierto tiempo de descanso había regenerado. De este modo se extendía, más allá del espacio vital reservado a los huertos, es decir, a un cultivo en el que el abono y el trabajo manual permitían la explotación permanente, una zona en la que se mezclaban lo que las primeras actas escritas en Germania para garantizar la posesión territorial —son tardías; la más antigua conservada es del año 704— llaman *rothum*, es decir, campos momentáneamente abandonados, y *nova*, la tierra nuevamente puesta en explotación. En el momento en que la simiente comenzaba a crecer se levantaban «señales» para prohibir el paso y la ley castigaba a los que no respetaban estas prohibiciones. El área en la que se desplazaban lentamente las cosechas y en la que abundaban los árboles estaba delimitada por setos cuya importancia jurídica está atestiguada por todas las leyes de los pueblos germánicos; estas cercas tenían como finalidad proteger la tierra en explotación de los daños causados por los animales salvajes; pero ante todo eran el símbolo de la apropiación del suelo por los habitantes de la aldea. Tras este límite existía un nuevo círculo, más amplio, sometido a la explotación colectiva de la comunidad campesina; en él pastaban los rebaños desde primavera hasta otoño, se practicaba la caza, la recogida de frutos silvestres, se recogía la madera para las casas, las empalizadas, los útiles y el fuego. El bosque estaba en estas zonas fuertemente degradado por todas estas prácticas, pero más lejos se mantenía intacto y a veces en muy amplias extensiones. El paisaje de Inglaterra difería poco del entrevisto en Germania; indudablemente, en ciertas partes de Inglaterra, especialmente en el sudeste, los claros eran más numerosos; y, sobre todo, las aldeas estaban muy poco alejadas una de otras y en ocasiones sus campos cultivados se juntaban; se disponía, pues, de espacios continuos de campos abiertos; alrededor de las parcelas sembradas se elevaban setos temporales que eran derribados después de la recolección para levantarlos nuevamente con la aparición de los cereales. Ciertos textos, especialmente las estipulaciones de las leyes del rey Ine, que datan del siglo VII, revelan la existencia, junto a las parcelas de labor que poseía cada familia, de praderas de propiedad colectiva y de amplias superficies boscosas clareadas por islotes de cultivo intermitente y por grandes áreas de pastos, los *wealds*, comunes a varias aldeas. Mientras que, según los documentos del siglo X, el conjunto del espacio inculto aparecía claramente delimitado y repartido entre las diferentes aldeas, las primeras actas escritas, que son anteriores en tres siglos, muestran que en aquel momento las comunidades campesinas instaladas a lo largo de los cursos de agua aún no se habían repartido las zonas abandonadas a la vegetación salvaje.

Los escasos indicios de que disponemos para conocer la alimentación humana en esta parte «bárbara» de Europa muestran que en ella se consumía igualmente el cereal. En tiempos del rey Ine los súbditos obligados a avituallar la casa real entregaban panes y cerveza, y los arqueólogos que han medido la superficie de los establos descubiertos en las zonas de hábitat antiguo en las orillas alemanas del Mar del Norte creen que los productos de la ganadería no podían asegurar más de la mitad de la subsistencia de los habitantes. Pero la importancia del trigo era mucho menor que en las comarcas romanizadas. Los campesinos ingleses proporcionaban a su soberano, y en cantidades apreciables,

queso y mantequilla, carne, pescado y miel. Basándose en los descubrimientos arqueológicos, W. Abel ha calculado que los campos cultivados cerca de las aldeas de Alemania central eran demasiado poco extensos para procurar más de un tercio de las calorías necesarias a quienes los cultivaban. Debían, pues, extraer la mayor parte de sus alimentos de la horticultura, de la recogida de frutos, de la pesca, de la caza y de la ganadería. El paisaje cuyas huellas se descubren en la Europa bárbara responde indudablemente a un sistema de producción más pastoril que agrícola. Sabemos que la ganadería estaba mezclada y que la proporción de las diferentes especies animales variaba de acuerdo con las aptitudes naturales. Los bueyes y las vacas eran más numerosos en las zonas donde predominaba la hierba en la vegetación natural: en el territorio de una pequeña aldea de Germania a orillas del Mar del Norte, que estuvo ocupada entre los siglos VI y X, los esqueletos de animales se distribuyen de la siguiente manera: ganado bovino, 65 por 100; ovino, 25 por 100; porcino, 10 por 100. No obstante, de una manera general, y puesto que en casi todas partes el bosque de encinas y de hayas constituía el elemento principal del paisaje, la cría del cerdo era el gran suministrador de los alimentos cárnicos: en el título II de la ley sálica dieciséis artículos tratan de los robos de cerdos, y precisan minuciosamente, según la edad y el sexo del animal, la tarifa de indemnización; los bosques ingleses se hallan cubiertos de *denns*, es decir, de instalaciones dedicadas a la ceba de los cerdos.

La asociación íntima de la ganadería y de la agricultura, la compenetración del campo de labor y del espacio pastoril, boscoso y herbáceo, es sin duda el rasgo que más claramente diferencia el sistema agrario «bárbaro» del sistema romano, en el que el *ager* y el *saltus* aparecen disociados. Sin embargo, la distinción entre los dos sistemas se hallaba durante la Alta Edad Media en proceso de progresiva atenuación. Porque, por una parte, en su conjunto, el mundo romano volvía a la barbarie; porque, por otro lado, el mundo bárbaro se civilizaba; porque tal vez la penetración del cristianismo destruía lentamente los tabúes paganos que se oponían a la roturación de los bosques; porque seguramente los hombres salvajes se acostumbraban poco a poco a comer pan y a beber vino. En el corazón de los bosques alemanes el estudio del polen de las turberas demuestra en los siglos VI y VII, pese a los brotes de peste y a todas las mortalidades, el avance lento pero continuo de los cereales a expensas de los árboles y del matorral. Tácito se había extrañado de que los germanos de su tiempo «no exigían a la tierra más que cosechas» y no plantaban viñas; ahora bien, éstas reciben ya una protección especial en el código penal de la ley sálica, y cuando, en el siglo VII, algunos grandes propietarios germánicos se deshacen de su dominio a cambio de una renta vitalicia en alimentos, exigen del beneficiario fuertes entregas de vino.

De la fusión de estos dos sistemas de producción nació finalmente el que caracteriza al Occidente medieval, y la fusión fue sin duda más precoz y más rápidamente fecunda en las regiones en las que se daba un contacto más estrecho entre ambas civilizaciones: en el corazón de la Galia franca, es decir, en la cuenca parisina. En ella subsistían amplios espacios forestales: los grandes dominios cuya estructura descubren en los siglos VI y VII los testamentos de los obispos de Le Mans estaban en gran parte cubiertos por bosques y eriales. Pero los espacios ocupados por la vegetación natural y destinados a ser explotados al modo germánico estaban próximos a «llanuras» con zonas roturadas desde antiguo y en las que se habían implantado las prácticas agrícolas de Roma. Los primeros documentos verdaderamente explícitos que revelan los procedimientos aplicados a la explotación rural —las guías de administración y los inventarios de dominios redactados por orden de los soberanos carolingios de fines del siglo VIII y comienzos del IX— se refieren precisamente a regiones de confluencia de ambos sistemas. En este punto de equilibrio entre la inmadurez del mundo campesino primitivo y la degradación de los campos del sur, en tierras relativamente favorecidas por las influencias climáticas y por la calidad de los suelos, los documentos nos muestran empresas de producción dirigidas por los agentes del rey y por los delegados de los grandes monasterios, es decir, explotaciones piloto, sin duda las más cuidadosamente atendidas. Podemos

servirnos de las enseñanzas de estos textos para intentar apreciar lo que era entonces, en el mejor de los casos, la productividad del trabajo rural.

Entre estos documentos, aquellos —muy escasos— que nos describen propiedades monásticas, es decir, dominios en los que el régimen alimenticio ritualizado de la comunidad religiosa obligaba a producir ante todo cereales panificables y vino, muestran el papel considerable que desempeñaba en la producción la explotación del *saltus*. Los artículos del capitular *De villis*, que se refiere a los dominios del rey, invitan a quienes los dirigen a ocuparse más de los animales y de la defensa de los bosques contra la depredación de los roturadores furtivos que de los campos cultivados. Cuando los pesquisidores que visitaron a fines del siglo VIII el dominio real de Annappes quisieron evaluar las reservas alimenticias conservadas en los cilleros y en los graneros hallaron relativamente poco grano, pero gran cantidad de quesos y de cuartos de cerdo ahumado. Sin embargo, el inventario que realizaron muestra también que los molinos y cervecerías, talleres de transformación de cereales construidos por el dueño para sus propias necesidades, pero que, mediante el cobro de una parte proporcional a la transformada, ponía a disposición de los agricultores de la vecindad, proporcionaban regularmente grandes cantidades de trigo. Lo que prueba que, incluso en esta región muy pastoril y aun al nivel de la pequeña explotación campesina, los campos de cultivo figuraban en el centro del sistema de producción.

Para que las tierras arables fuesen capaces de cumplir su función alimenticia era necesario mantener su fertilidad dejándolas en reposo periódicamente, abonándolas y labrándolas. De la eficacia conjunta de estas tres prácticas dependía el rendimiento del cultivo cerealista. Pero esta eficacia estaba ligada estrechamente a la calidad del ganado. En efecto, las labores podían ser tanto más frecuentes, y eran tanto más útiles, cuanto más numerosos y fuertes eran los animales uncidos a los instrumentos aratorios; cuanto más importante era el rebaño que pastaba en los barbechos más reconstituyente era el abono natural; por último, la cantidad de estiércol que podía extenderse por

ESCANDA

los campos dependía del número de bueyes y de ovejas estabulados durante el invierno. La interdependencia de las actividades pastoriles y agrícolas es en Europa la base del sistema de cultivo tradicional.

Los documentos del siglo VIII no contienen apenas informaciones sobre el ganado. Y lo poco que dicen nos induce a pensar que los establos de los grandes dominios estaban mal atendidos. Sin duda los animales criados en las explotaciones campesinas dependientes contribuían a revigorizar las tierras del señor: este ganado pastaba en sus barbechos, era utilizado para el trabajo de sus campos; pese a todo, la impresión dominante es de clara insuficiencia de la cabaña. Es explicable. En esta civilización primitiva los alimentos eran raros; los hombres veían en los animales domésticos competidores que les disputaban los víveres; no comprendían que la escasez y la debilidad del ganado eran de hecho culpables de las deficiencias de la producción agrícola, es decir, de la penuria de las subsistencias; no se decidían a conceder mayor importancia a la cría de ganado de tiro. Y en consecuencia, la tierra estaba mal trabajada. Esto puede verse en los inventarios de los grandes dominios carolingios y en lo que dicen referente a las sernas efectuadas en los campos señoriales: en el otoño, la siembra del trigo, del centeno o de la escanda era preparada por dos labores sucesivas; una tercera vuelta a la tierra precedía en primavera a la siembra de la avena. Era demasiado poco para preparar convenientemente el suelo, dado el carácter rudimentario del arado y la escasa potencia de los bueyes. Equipos de trabajadores manuales debían completar la acción de los arados con un verdadero trabajo de jardinería: una vez al año los campesinos que dependían de la abadía de Werden iban, antes del paso de los labradores, a cavar con azada una parte del campo señorial. La importancia considerable de las prestaciones manuales entre las obligaciones impuestas a los colonos de los grandes dominios puede ser considerada como un paliativo de la insuficiente eficacia del laboreo. Pero también los hombres eran escasos. La falta de mano de obra, la precariedad del equipo técnico, hacían imposible reconstituir

SERNAS

ESTABULADOS

mediante el trabajo, en la medida en que hubiera sido necesaria, la fecundidad del suelo.

Esto obligaba a no pedirle demasiado, a dejarle grandes descansos y a no poner en cultivo cada año más que una parte limitada del espacio arable. Las observaciones de los pesquisidores encargados de trazar el estado de las explotaciones agrícolas apenas dicen nada sobre los ritmos de rotación de los cultivos. Es seguro que en el siglo IX, en los grandes dominios de la cuenca parisina, se sembraban cereales de primavera, y accesoriamente leguminosas, en los campos que el año anterior habían producido cereales de invierno. Las tierras de la abadía de Saint-Amand se hallaban, consecuentemente, divididas en tres partes iguales; cada año sólo un tercio del área cultivada era dejada en barbecho y reservada, según parece, al apacentamiento del ganado; una rotación trienal semejante se aplicaba, según todas las apariencias, en los señoríos monásticos de los alrededores de París. Sin embargo, y sin duda porque los rebaños que pastaban en los campos dejados en erial, entre las barreras temporales que les prohibían el acceso a las parcelas sembradas, eran excesivamente poco numerosos para que el barbecho fuera verdaderamente fecundo, es de suponer que, de ordinario, la cosecha de cereales de primavera era muy inferior a la de cereales de invierno, y que a menudo los campos permanecían incultos durante varios años consecutivos: las tierras de la abadía flamenca de Saint-Pierre-au-Mont-Blandin no daban cosecha más que un año de cada tres. Las insuficiencias de los útiles de trabajo y de la ganadería obligaban por consiguiente a extender desmesuradamente el espacio agrícola.

Por último, la aportación de abono animal parece haber sido extremadamente reducida. Los monjes de la abadía de Staffelsee, en Baviera, obligaban a sus colonos a cubrir regularmente de estiércol los campos señoriales, pero en proporciones irrisorias: sólo el 0,50 por 100 de la tierra señorial se beneficiaba de esta proporción. Los demás inventarios, aun cuando enumeran minuciosamente las obligaciones de los campesinos, ni siquiera aluden a este servicio. Es lícito, por tanto, pensar que el abono no desempeñaba ningún papel en las prácticas agrícolas de la época:

ERIAL:

el escaso estiércol recogido en establos débilmente provistos estaba reservado al exigente suelo de los huertos y de las plantaciones de viñas. En algunas regiones se recurría al abono vegetal. La arqueología revela la existencia, en los Países Bajos y en Westfalia, de antiguos campos cuyo suelo fue completamente transformado y mejorado por la introducción, durante siglos y desde los comienzos de la Alta Edad Media, de capas de brezo y de placas de humus traídas de los bosques próximos. Pero nada prueba que tales procedimientos de regeneración edafológica hayan sido ampliamente aplicados. Laboreo ineficaz, falta de abonos: pese a los prolongados barbechos, las prácticas utilizadas para estimular la fertilidad de la tierra arable parecen de corto alcance. Incluso en el siglo IX, cuando el progreso agrícola tenía algún tiempo de existencia, e incluso en provincias como la Isla de Francia, a la que se puede considerar más desarrollada que otras, el rendimiento del trabajo agrícola parece, por las razones apuntadas, haberse mantenido en un nivel muy bajo.

Realmente es difícil apreciar este nivel. Sólo un documento nos proporciona sobre ese punto datos numéricos, cuya interpretación es, además, muy delicada: se trata del inventario del dominio real de Annappes. En él se calculan, por un lado, las cantidades de grano conservadas en los graneros en el momento de la encuesta —es decir, durante el invierno, entre las siembras de otoño y las de primavera—, y por otra parte, se hace una estimación de las cantidades sembradas. La comparación entre las dos series de cifras conservadas muestra que, en la explotación central, había sido necesario dedicar a simiente el 54 por 100 de la cosecha procedente de la escanda, el 60 por 100 de la de trigo, el 62 por 100 de la de cebada y la totalidad de la de centeno. Dicho de otro modo, los rendimientos de estos cuatro cereales habían sido respectivamente, el año en cuestión, de 1,8 por 1, 1,7, 1,6 y 1 por 1, es decir, nulo. Estas tasas son tan bajas que muchos historiadores se han negado a admitir que sean reales. Sin embargo, hay que hacer notar que el año en el que se realizó el inventario la cosecha había sido mala, por lo menos peor que la del año precedente, de la que se conservaban importantes can-

BREZO:

tidades de cebada y de escanda. Por otra parte, la productividad había sido ligeramente más elevada en las explotaciones dependientes de la corte central, en las que el rendimiento de la cebada llega a alcanzar el 2,2 por 1. En cualquier caso, es evidente que rendimientos de este nivel, es decir, situados entre el 1,6 y el 2,2 por 1, distan mucho de ser excepcionales en la agricultura antigua: tasas semejantes se conocen para el siglo XIV en Polonia e incluso en algunas tierras de Normandía que no eran especialmente malas. Por último, otros indicios dispersos en las fuentes escritas de la época carolingia nos inducen a pensar que los grandes terratenientes no esperaban de su dominio una productividad más elevada. El monasterio lombardo de Santa Giulia de Brescia, que consumía cada año unas 9.000 medidas de trigo, hacía sembrar 6.000 para cubrir sus necesidades —es decir, que el rendimiento normal se calculaba en 1,5 por 1. En uno de los dominios de la abadía parisina de Saint-Germain-des-Prés donde habían sido sembradas 400 medidas de cereal en los campos señoriales, las sernas de trilla estaban calculadas para una cosecha de 650 medidas; el rendimiento previsto se situaba en este caso alrededor del 1,6 por 1. Retengamos por consiguiente la imagen, insegura pero probablemente justa, de un cultivo cerealista muy difundido, pero extraordinariamente extensivo, muy exigente en mano de obra y pese a todo muy poco productivo. Obligados a reservar para la futura simiente una parte de la cosecha, cuando menos igual a la que necesitaban para alimentarse —y esta parte se la disputaban durante todo el año los roedores y en parte se pudría—, bajo la amenaza de ver este débil sobrante reducirse sensiblemente cuando el tiempo de otoño o el de primavera habían sido demasiado húmedos, los hombres de Europa vivían con la obsesión del hambre.

Pese al constante recurso a la explotación depredativa de la naturaleza salvaje, pese a la ayuda considerable de los productos ganaderos y hortícolas, la productividad irrisoria del trabajo agrícola explica la presencia permanente de la escasez, más opresiva tal vez en las provincias en que los hombres habían adoptado el hábito de alimentarse fundamentalmente de pan: Gregorio de Tours describe, en la parte más civilizada de la Galia, gentes que se empeñaban en hacer pan con cualquier producto: «con semillas de uva, con flores de nogal e incluso con raíces de helecho», y cuyo vientre se hinchaba desmesuradamente porque se habían visto obligados a comer la hierba de los campos. El bajo nivel de los rendimientos cerealísticos explica la poca vitalidad de una población ya muy escasa. Los más claros testimonios sobre las deficiencias biológicas de la población provienen de las sepulturas. Hasta la actualidad, las observaciones más ricas y más ilustrativas sobre este aspecto proceden del estudio de los cementerios húngaros de los siglos X y XI [3]. Pero no es demasiado expuesto suponer que las condiciones de existencia no eran mejores en los siglos VII y VIII en la mayor parte de las regiones situadas más al occidente de Europa. Lo más chocante de estas observaciones es la gravedad de la mortalidad infantil. Representa cerca del 40 por 100 del conjunto: de cada cinco difuntos uno ha muerto en edad inferior a un año, dos antes de los catorce. Entre los adultos la muerte golpeaba sobre todo a madres muy jóvenes, de manera que la tasa de fertilidad se sitúa en 0,22 para las mujeres fallecidas antes de los veinte años, en 1 para las mujeres muertas entre veinte y treinta, y en 2,8 para las que sobrevivieron hasta el final del período de procreación. Se aprecia cuán reducido era el margen de crecimiento demográfico en estas sociedades. No obstante lo afirmado, en los cementerios húngaros se encuentran tumbas en las que la proporción de esqueletos infantiles es menor: son los cementerios de los más ricos. En el siglo VII, ciertamente existían todavía en las zonas más salvajes de Europa, en el este, en el norte, en el oeste lejanos algunos pueblos de cazadores o de pescadores que ignoraban toda diferenciación económica entre los grupos de parentesco. Pero se puede pensar

[3] G. Acsadi, «Los resultados de las investigaciones paleodemográficas sobre la mortalidad húngara en la Edad Media» (en húngaro), *Történeti Statistikai Evkönyv*, 1963-1964; J. Nemeskeri y A. Kralovanszky, «Evaluación de la población de Szekesfehervar en los siglos X-XI» (en húngaro), *Szekesfehervar evszazadai*, 1967.

que no eran sino zonas residuales en proceso de rápida absorción. En todas partes —y éste es el más profundo resorte del crecimiento— una clase de señores explotaba a los campesinos, los obligaba, por su sola presencia, a reducir el amplio tiempo de ocio propio de las economías primitivas, a luchar con más encarnizamiento contra la naturaleza, a producir, dentro de su profunda indigencia, algunos excedentes destinados a la casa de los señores.